

SANTA JOAQUINA DE VEDRUNA



THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY

1954

1954

1954

SANTA JOAQUINA DE VEDRUNA

Fr. Rafael M^a. López-Melús, c.d.

Con licencia eclesiástica
ISBN: 84-7693-169-7
Depósito Legal: B- 27808-91
Printed in Spain

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 Sevilla



Limpia como un espejo

Se han cantado muchas y bien merecidas canciones al papel de la MADRE. Todo cuanto se diga de ella será siempre poco ya que es el mayor tesoro que el Señor puede conceder a una persona: Una buena madre es casi la seguridad de una mocedad y ancianidad dichosas...

La madre de nuestra protagonista, Doña Teresa Vidal, era una auténtica madre, buena educadora y mejor cristiana. Estaba casada con D. Lorenzo de Vedruna que era procurador de número en la Audiencia del principado...

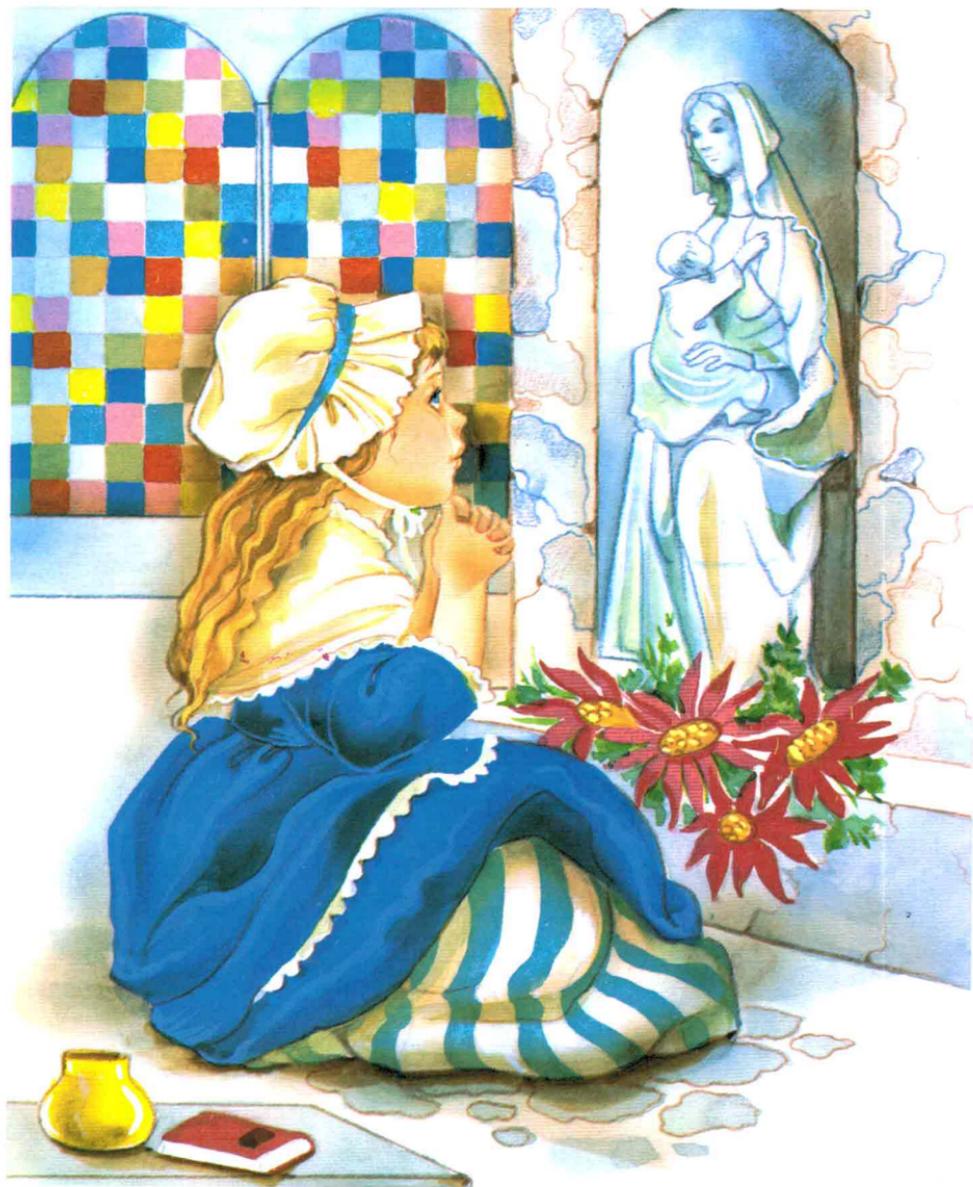
Los dos eran muy buenos cristianos y vivían muy unidos. Gozaban de una bien merecida fama entre sus conocidos. El día 16 de abril de 1783 era bendecido su matrimonio con la llegada de esta niña encantadora que ya de antemano había sido consagrada a San Joaquín el padre de la Virgen María. Por ello le fueron impuestos, al ser bautizada, los nombres de Joaquina Francisca de Paula y Antonia...

La confirmación la recibió al año siguiente de nacer según costumbre de la época.

Mamá Teresa se entregó de lleno a la educación de aquel angelito que les había enviado el Señor. Seguía todos sus pasos con una dedicación maravillosa... Por ello no era raro que pronto empezase a recoger los frutos de la semilla que iba sembrando.

Cuenta su biógrafo que si por casualidad se ensuciaba su vestidito ella misma lo lavaba y colocaba a secarlo al sol y mientras ella se ponía de rodillas y rezaba con fervor al «Niño Jesús y a las Benditas almas del Purgatorio para que se le secura pronto...»

Era el encanto y la alegría de la casa. Tenía graciosas ocurrencias todas llenas de ingenuidad que admiraban a propios y extraños...



«Mamá, así se hace la oración»

Joaquinita amaba al Señor y a la Virgen María casi antes de haber nacido, por lo menos sí antes de saber hablar ya que su buena madre le había enseñado a amarles con gestos y ademanes.

Tenían una imagencita en una sala de estar y allí disfrutaba ella de pasarse largos ratos contemplando aquella imagen de María que llevaba al Niño Jesús en sus brazos. ¿Qué le diría?...

Su madre se daba cuenta que no era Joaquinita una niña como las demás. Que era atenta, servicial, alegre, lista, pero sobre todo muy dada a la oración y cuanto al Señor y a María se refería...

Al verla pasarse tantos ratos en posición como si fuera una estatua de mármol ante la imagen de la Virgen con el Niño Jesús, un día, su madre, le dijo, tomándola un poco como si fuera su Maestra:

—«Hija mía, me admira cómo te pasas tantas horas ahí quietecita en oración. Pero dime: ¿qué es lo que dices a la Virgen ya Jesús? ¿Qué es oración para tí?...

—Mira mamá, Vd. dice que no sabe cómo tiene que hacer oración. Pues mire, yo la digo que si quiere puede estar todo el día entregada a este oficio tan importante en comunicación con el Señor y con la Virgen María... Por ejemplo: cuando va Vd. al jardín y se dedica a arrancar las malas yerbas para que no dañen a las flores... pues eso mismo puede suplicarle al Señor en la oración: Que El le de fuerza para saberlos arrancar. Esto es lo que yo hago mientras estoy en compañía de Jesús. ¿No le parece, querida madre, que esto es muy sencillo de hacer?»

Cuando veía que su madre se acercaba a la Mesa Eucarística le decía con santa envidia:

—Madre ¿cuándo podré yo también recibir a Jesús en la comunión?...



Todo canta la gloria de Dios

El mismo Concilio Vaticano II hablando de las presencias que Dios tiene con el hombre ha señalado que uno de los modos cómo Dios se hace presente en nuestro mundo es por medio de la naturaleza... Esto no es nada nuevo ya que muchos santos por medio de las cosas creadas era el medio que tenían para elevarse a la más alta contemplación de Dios...

San Francisco de Asís, Santa María Magdalena de Pazzi y muchos otros decían a las flores:

—«Callad, callad, ya sé que me estáis diciendo que ame a Dios como vosotras le amáis...»

Este mismo cántico de las Criaturas al Creador lo vivió desde niña nuestra protagonista.

Desde muy pequeña Joaquinita se aprovechaba de todos los medios que podía para elevar su pensamiento al Señor. Puede decirse que lo tenía presente todos los instantes del día.

En cierta ocasión, su madre, con la que gozaba de platicar de las cosas de Dios, le preguntó:

—«Hija mía, tu piensas mucho en Dios. ¿Te acuerdas de El?»

—Sí, mamá, procuro tenerle presente todas las horas del día. Siento una gran pena cuando alguna vez paso un ratillo un poco largo sin haber charlado con El que lo siento muy dentro de mi corazón.

—¿Y cómo lo haces? ¿De qué medios te sirves para vivir eso que se llama la presencia de Dios en tu corazón.

—Pues muy sencillo, madre, a mi todo me habla de Dios. Por ejemplo: Los alfileres que uso para sujetar la mantilla me recuerdan las espinas de la Corona de Cristo. El hilo de la aguja, las cuerdas con que fue atado a la columna. Las yerbas malas del jardín me recuerdan los defectos que debo arrancar de mi corazón...»



Un cucurucho de cacahuets

Joaquinita ya se iba haciendo mayor. Ella había creído que el Señor la llamaba hacia la vida religiosa y así lo probó en aquella ocasión que fue a las Monjas carmelitas de su ciudad de Barcelona y:

—«Madre Priora, vengo a rogarle que me admita como religiosa de este Carmelo pues deseo consagrarme al Señor en cuerpo y alma...

—Hija mía, ¿cuántos años tienes? Pareces muy jovencita.

—Doce Madre, hice ya.

—Pues mira, debes volver a tu casa y pensarlo mucho ante el Señor. Si cuando pasen varios años sientes la misma vocación vuelve por acá y ya hablaremos sobre este asunto...»

El Señor tenía otros caminos de momento para ella.

Una tarde se presenta a su casa el joven apuesto D. Teodoro de Mas con un cucurucho de cacahuets en la mano. Allí vivían las tres hermanas Vedruna y el bueno de D. Teodoro no sabía por cual de las tres inclinarse para pedirla por esposa.

Las tres le gustaban aunque a decir verdad no en el mismo grado. Pero no quería desairar a ninguna de ellas pues era un buen amigo de su padre ya que era procurador de la Audiencia igual que D. Lorenzo Vedruna.

Por eso D. Teodoro antes de dar este paso definitivo acudió a la oración y al salir del templo no tuvo otra ocurrencia que esta:

—«Las tres me gustan. No sé por cual decidirme. La que acepte este cucurucho de cacahuets esa será la que el Señor me entrega por esposa».

Esa tarde había otras amigas acompañando a las hermanas Vedruna. Llegó alegre el simpático joven y dice:

—«Acabo de comprar estos cacahuets y almendras, ¿me las aceptan?»

Todas las rechazan como cosas de niñas... y dicen:

—«Son para Joaquinina que es la más pequeña»...



Un matrimonio modelo

Tanto D. Teodoro como Dña. Joaquina sintieron en su interior los deseos de consagrarse al Señor en la vida religiosa pero pronto se dieron cuenta por diversas circunstancias que aquel no era el camino por el que el Señor las quería...

Contrajeron matrimonio cuando nuestra protagonista apenas contaba dieciséis años de edad. Fue el 24 de marzo de 1799.

Tenían los dos unas almas gemelas y parecía que habían sido hechos el uno para el otro. Allí no había jamás los altercados o malas caras que es bastante frecuente en la mayor parte de los matrimonios. Todo lo contrario, reinaba una paz y una armonía maravillosa.

—«Joaquina, ¿quieres que vayamos a casa de D. tal y de Dña. cual para felicitar.. para saludar... para dar el pésame...?»

—Lo que tu digas Teodoro».

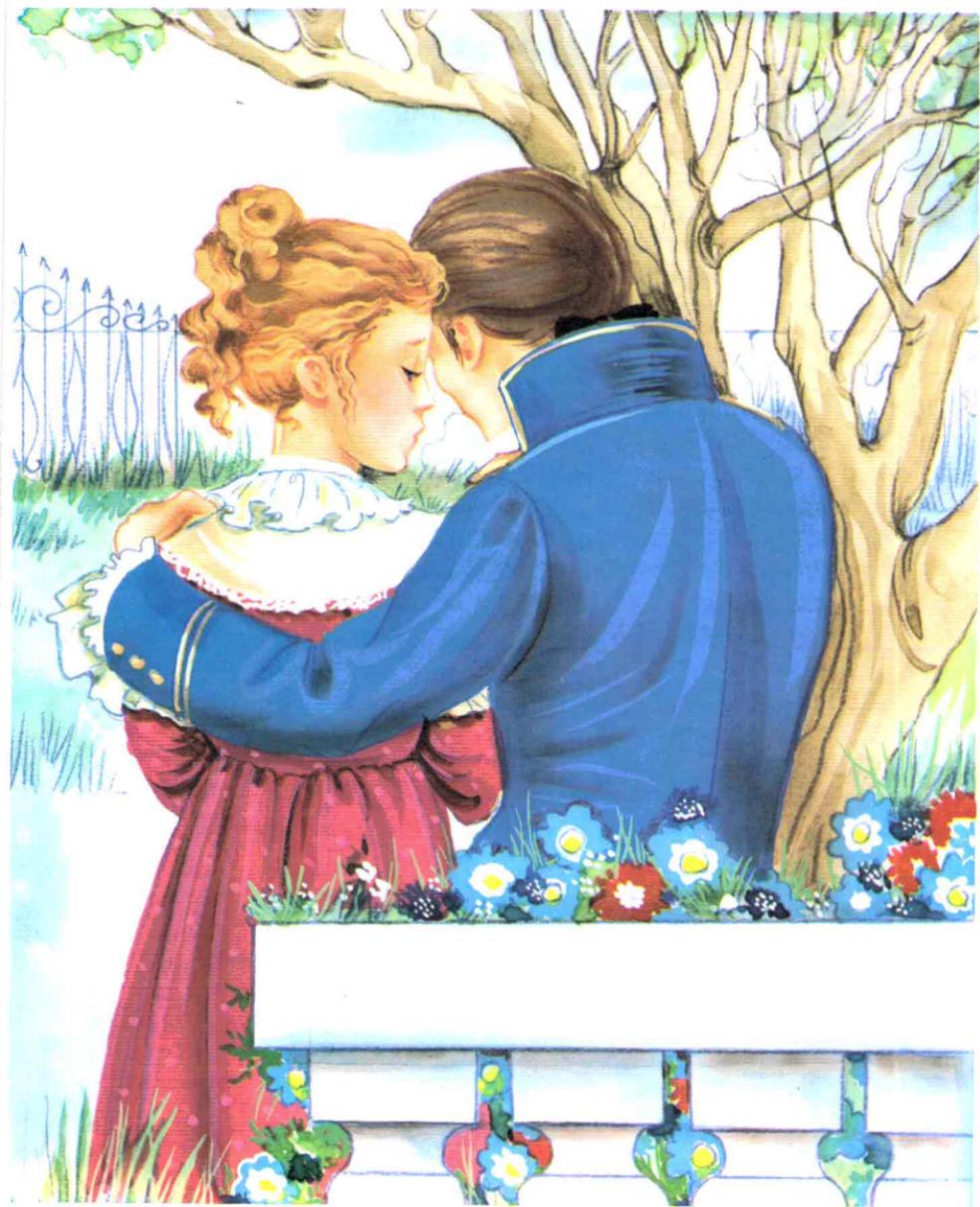
A veces era ella, Dña. Joaquina, quien tomaba la iniciativa:

—«Oye, querido esposo, ¿qué te parece si hiciéramos esto o aquello?... ¿Te parece, querido, que enviemos a los chicos a tal o cual colegio?...

—Lo que tu digas, encanto. Ya sabes que cuanto tu haces me parece muy bien y siempre estoy de acuerdo porque veo en ello la mano de Dios que guía tus pasos...»

¿De dónde sacaban la fuerza y el amor que reinaba las veinticuatro horas del día para estar tan pendientes el uno del otro sin jamás cansarse y cada día poder aumentar en su mutuo amor?

No hay duda de que era de la oración. La jornada de aquellos buenos esposos empezaba con la Santa Misa y comunión. Oraban mucho juntos los dos. El Señor les bendijo con nueve hijos que fueron su gran alegría...



«Yo te escojo por esposa»

Aquello era demasiado bonito para que durase por mucho tiempo.

D. Teodoro disfrutaba de gran renombre en la ciudad. Las amistades les adoraban. El cielo les sonreía...

Napoleón se envalentó con la toma de Portugal e intentó conquistar también España... Quiso hacerla un feudo francés. España entera se levantó contra el invasor... D. Teodoro, que descendía de valerosos defensores de la Patria sintió arder la sangre en sus venas y habló a su querida esposa Dña. Joaquina:

—«Querida esposa: Ya ves que la Patria me necesita. Debo de ir a defenderla. El Señor no te desampará. Yo pronto volveré a vuestro lado...

—Sí, Teodoro de mi corazón. Ya sabes que no puedo vivir sin ti, pero antes es la obligación como tu la ves. Confío en que la Divina Providencia te amparará a ti y a nosotras... Marcha con mi bendición...»

Teodoro luchó como valiente soldado. Se hizo sobre todo fuerte en un castillo de Vich que no lograron conquistar los enemigos.

Mientras, Joaquina con los pequeños a su cuidado no cesaba de rezar por el feliz término de aquella tortura que le tenía separada de su esposo... Ella seguía la educación de sus hijos con gran dedicación.

Volvió a casa D. Teodoro deshecho de salud... y pronto expiró, era el 6 de marzo de 1816 cuando Joaquina tan solo contaba con treinta y tres años de edad.

En el mismo instante de la muerte de su esposo le pareció a Joaquina que el gran crucifijo que pendía de la pared de enfrente de la cama donde ella yacía enferma, le decía:

—«Ahora que pierdes a tu esposo de la tierra, yo te escojo para esposa mía...»



Cargada con la cruz

Jesús cargó generosamente con la cruz camino del calvario y mediante ella nos salvó a todos los hombres... Y el cristiano debe seguir las huellas del Maestro. El mismo nos lo recordó cuando nos dijo:

—«Quien quiera ser mi discípulo, cargue con su cruz cada día y me siga»...

Joaquina en muchas ocasiones hubo de cargar con la cruz a imitación del Maestro... pero no hay duda de que en esta ocasión fue una de las que más pesada le resultaba...

Se quedó algún tiempo en la ciudad de Barcelona porque se decía para sí misma:

—«Ahora yo debo hacer de madre y de padre a la vez. Es mi obligación defender los derechos de mis hijos a pesar de que para mi no me importan ya nada las cosas de este mundo...»

Muchos de los suyos le dieron la espalda o la abandonaron por completo. Su hijo José Joaquín dirá después sobre este amargo cáliz de dolor que hubo de padecer la pobre Dña. Joaquina, viuda y con tantos hijos a quien educar y alimentar:

—«Mi abuelo paterno no quiso recibir a mi madre ya casada. Un día habiéndose presentado a él, y postrándose a sus pies, la arrojó de su presencia y no quiso escucharla».

Joaquina sabía muy bien que nada podía esperar de la ayuda de los hombres pero sí que tenía siempre presente el recuerdo de su esposo y este recuerdo le daba energía en el obrar.

Y sobre todo ella nunca olvidaba lo que le había dicho el crucifijo al morir su esposo: «Yo seré tu esposo de ahora en adelante...»

Y en verdad que nunca le faltó la ayuda de Dios.



En el Manso Escorial

D. Teodoro con su trabajo y esfuerzo a la vez que con la austeridad de vida que se llevaba en aquel hogar a pesar de los muchos hijos con que les bendijo el Señor pudo adquirir una casa muy bella en Vich que llamaron EL MANSO ESCORIAL...

Terminados de arreglar todos sus asuntos en Barcelona ya vio la viuda Dña. Joaquina que nada le quedaba por hacer en la ciudad Condal... Tomó a sus hijos, se despidió de familiares y amistades y... partió hacia Vich.

El cambio fue muy grande. Aquí volvió a vivir en paz tan solo dedicada al cuidado de sus hijos:

—«Mamá, le decía uno, el Maestro me ha dicho en la escuela que soy el que mejor...

—Mamá, mamá, el sr. cura me ha invitado a ver si quiero ser monaguillo en la parroquia... añadía un segundo.

—Mira mamá, qué bordado más bonito he hecho con la Srta. Maestra... Te lo dedico a ti...» Era la pequeña la que había hablado...

Aquello era un encanto de familia. Es cierto que se notaba la falta del padre, pero estaba todos los días presente ya que bien se preocupaba Dña. Joaquina de hablarles a sus hijos de las virtudes de su buen padre y de cuanto estará rogando ahora desde el cielo por aquel Manso Escorial...

Otras pruebas vinieron también a visitarla en el manso Escorial: Fue la muerte de tres de sus hijos más pequeños que laceraron su maternal corazón. Pero ella supo decir como el paciente Job:

—«Dios me los dio, Dios me los quitó. Sea bendito el nombre del Señor».

Pero mientras el tiempo corría también tuvo la alegría de ver que cuatro de sus hijos abrazaban la vida religiosa y dos contraían ejemplar matrimonio cristiano.



Un ideal cumplido

El Señor escribe recto con líneas torcidas... Con frecuencia los hombres no lo sabemos entender así. Es frecuente intentar «corregir la plana de Dios»... Pero es una gran verdad el dicho del Profeta Isaías que aplica a Dios:

—«Mis pensamientos no son vuestros pensamientos. Mis juicios no son vuestros juicios».

Siendo una niña de doce añitos quiso abrazar la vida religiosa contemplativa Joaquinita... El Señor la tenía destinada para ser modelo de madre y esposa...

Pasaron los años, cumplió la misión que el Señor le había encomendado... y después pudo ver realizados sus sueños de la infancia...

Caminaba un día en un borriquillo y quiso detenerse en el convento de las Monjas Teresas para oír la misa pero el borriquillo echó a correr y no paró hasta llegar a la puerta de los Padres Capuchinos... Entró en la iglesia y vio que salía a celebrar la Misa el Padre Esteban de Olot y, terminada la misa, se confesó con él. Le dijo:

—«Padre mío, desde niña sentí deseos de abrazar la vida religiosa de clausura. El Señor me llevó por otros caminos. Ahora ya tengo colocados a mis hijos y nada me ata a este mundo. Dadme vuestra bendición para que pueda abrazar la vida contemplativa.

—Mirad, hija mía, el Señor no te quiere en uno de esos conventos sino en un Instituto en el que te entregues al cuidado de los niños y los pobres en colegios y clínicas... Hoy hay una necesidad muy grande de ello. Tu tienes experiencia...

—Padre, si esta es la voluntad de Dios la acepto gustosa.»



«Tus hijas se multiplicarán»

Una vez más Joaquina vio la mano de la Divina Providencia en todos estos acontecimientos y al igual que María se limitó a decir:

—«Hágase como el Señor lo quiere».

Hacía poco que había llegado como obispo de Vich un gaitano, fervoroso carmelita, D. Pablo de Jesús Corcuera y Corcuera.

Madre Joaquina acudió con confianza a su buen amigo D. José Estrada para que le echara una mano en esta nada fácil empresa que colocaban sobre sus espaldas y le rogó que acudiera al Sr. Obispo para suplicarle una audiencia. Así lo hizo.

—«Hija mía, dijo D. Pablo, apruebo todos los puntos que me has dado. Te pongo como directora del naciente Instituto, pero en un punto no estoy de acuerdo. No os vais a llamar Franciscanas sino: INSTITUTO DE HERMANAS DE LA CARIDAD DE NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN».

Madre Joaquina lo sintió en el alma por creer sería una gran contrariedad para su director espiritual Padre Esteban que era capuchino y estaba trabajando noche y día en busca de vocaciones y medios materiales... pero en el fondo sintió una gran alegría ya que desde los doce años había querido ser CARMELITA y no lo había podido alcanzar. Ahora, sin ella pretenderlo, se lo ofrecía el representante de Jesucristo, el Sr. Obispo.

El 6 de enero de 1826, en la Capilla del Obispo, hizo Madre Joaquina su Profesión religiosa y el día 26 de febrero nuestra Santa Joaquina empezó la vida ya carmelita en El Manso Escorial que así se convirtió en la primera casa de este Instituto hoy extendido por todo el mundo...

La noche anterior a su profesión, el día 5 de enero, oyó del señor por medio del Obispo:

—«Tus hijas se multiplicarán como las estrellas del cielo...»

Y así fue.



La Virgen me salvó

El 17 de abril de 1809 los franceses entraron en Vich a sangre y fuego.

Todos huyeron despavoridos cada cual a donde podía para ponerse a salvo de aquellos forajidos desalmados.

Doña Joaquina tomó a sus niños –su esposo D. Teodoro estaba en el frente– y se retiró a una casucha donde creyó estar segura. Todavía no habían pasado unas pocas horas cuando vio aparecer una mujer que montada sobre un borriquillo se acercaba a aquel lugar:

–«Señora, ¿qué haces aquí con tus hijos?, le dijo. ¿No sabes que hoy mismo ocuparán los enemigos todo este valle y llevarán todos a cuchillo?»

Y sin más preámbulos cargó a los niños sobre el animal y le animo a seguirla... Pocas horas después todo aquel valle era un «valle de lágrimas» y lamentos por las atrocidades que los franceses cometieron.

Cuando nuestra santa protagonista años después recordaba este suceso no podía menos de derramar lágrimas de gratitud a la vez que decía:

–«La Virgen nos salvó. No hay duda de que aquella Mujer era la Virgen María que venía a salvarnos a toda la familia y para que yo pudiera servirle de instrumento para fundar un Instituto dedicado especialmente a Ella...»

Todas las noches se rezaba el santo rosario en el hogar de D. Teodoro y Dña. Joaquina. Era una costumbre que ya habían heredado de sus cristianos padres...

En El Manso Escorial la Madre Joaquina se dedica a formar a sus futuras Carmelitas en el amor entrañable y filial hacia la Virgen María. Ella sabe muy bien que la Orden del Carmen está totalmente consagrada al servicio de María y ellas desde ahora y para siempre van a llamarse y por lo tanto a vivir según este espíritu del Carmelo...

Cruces hasta morir

La vida de Santa Joaquina no fue ciertamente un jardín de flores ya que la cruz la acompañó casi todos los días de su vida.

No fue pequeño el tormento que sufrió al saber que su querido hijo José Joaquín al que sentía un afecto todo especial estaba en la cárcel por ser seguidor de D. Carlos... Le escribía cartas muy bellas que demuestran el gran amor y gran dolor de aquel corazón de madre afligida...

Después le vino la pena de la muerte de su Padre espiritual y Director del naciente Instituto P. Esteban de Olot que era quien llevaba el peso y responsabilidad de la Obra... Fue el 14 de julio de 1828. Entonces tomó las riendas de la Congregación el mismo Sr. Obispo D. Pablo... pero la que debía moverse, formar a las nuevas candidatas, abrir y ordenar las nuevas fundaciones, etc... todo aquel peso recaía sobre nuestra Madre Joaquina...

Pero si siempre le fue todo bien, porque en todo veía la voluntad del Señor no hay duda de que se debía a estas dos virtudes que siempre trató de vivir con intensidad: La alegría y la obediencia. Estas dos virtudes ponía como meta a alcanzar en las numerosas novicias que acudían al Manso Escorial para ser carmelitas de la Caridad...

Muy pronto se multiplicó prodigiosamente el Instituto... Empezaron a pedir nuevas fundaciones... Por esto podía decir con toda certeza Madre Joaquina su frase tantas veces repetida:

—«Hijas mías, esta obra no es mía, sino de Dios...»

Cinco años antes de morir ya sintió el primer ataque de apoplejía que fue lo que la llevó a la tumba el día 28 de agosto de 1854.

El 12 de abril de 1959 era canonizada.